



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: ¿Usted no es de aquí, verdad?: huellas de identidad entre los exiliados sudamericanos en México

Autor: Yankelevich, Pablo

Forma sugerida de citar: Yankelevich, P. (1999). ¿Usted no es de aquí, verdad?: huellas de identidad entre los exiliados sudamericanos en México. *Cuadernos Americanos*, 3(75), 135-152.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 75, (mayo-junio de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¿Usted no es de aquí, verdad?: huellas de identidad entre los exiliados sudamericanos en México

Por Pablo YANKELEVICH

*Escuela Nacional de Antropología e Historia,
Instituto Nacional de Antropología e Historia, México*

Andando por las calles, en la tienda de abarrotes o en los tianguis, compartiendo un viaje con los taxistas, me he acostumbrado a escuchar esa pregunta que ya es célebre porque inicia cualquier conversación "¿Ud no es de aquí verdad?" A pesar de lo reiterado del asunto, la pregunta siempre me agarra desprevenida, y en un segundo momento me sumerge en cierta perplejidad. Todavía titubeante respondo lo propio "no, no soy de aquí.. pero fíjese que sí, hace veinte años que vivo en este país" Para mis adentros sigo en la duda "¿de donde soy?"¹

HOY, COMO NUNCA ANTES en la historia de la humanidad, con tingentes significativos de seres humanos se ven obligados a abandonar sus lugares de residencia. El desplazamiento forzado ha puesto en marcha aluviones migratorios que se mueven en busca de trabajo, libertad o mejores oportunidades y condiciones de vida. Sobre este fenómeno las ciencias sociales siguen dando cuenta en una serie de debates; uno de ellos es el centrado en torno a la extranjería, la migración y los procesos de construcción y reconstrucción de identidades, ya sean territoriales, de clase, étnicas, de género, religiosas, regionales y, por supuesto, nacionales.

¹"El paraíso perdido: un debate sobre la extranjería", *Debate Feminista* (México), año 7, vol. 13 (abril de 1996), p. 193.

Este trabajo, de manera modesta y provisional, participa de esa preocupación y lo hace desde un particular mirador: se trata de delimitar las huellas de una identidad fracturada en un contingente de sudamericanos que arribaron a México hace un cuarto de siglo. No llegaron inmigrantes, sino perseguidos políticos, hombres, mujeres y niños, para quienes México emergió como una, y a veces la única posibilidad para preservar su libertad y en muchos casos la vida misma. No llegaron para quedarse, siempre pensaron en retornar apenas tocara su fin el ciclo de las dictaduras militares.

Sin embargo, en los recién llegados el dolor y el desarraigo fueron objeto de una multiplicidad de prácticas, a cuya sombra, de manera invisible, tal vez involuntaria, fueron construidos los puentes culturales y afectivos con el país que dio amparo. En realidad y literalmente, al amparo de México se inauguró un experimento, cuyos productos, un par de décadas más tarde, muestran una sorprendente vitalidad. Mujeres y hombres entrecruzaron sentimientos y experiencias que terminarían por cambiarles, de una vez y para siempre, la forma de ver y verse en este mundo.

Un par de preguntas guían una investigación en curso:² ¿qué sucedió en México para que la *experiencia* del exilio sudamericano haya tendido puentes de pertenencia que se traducen en acciones concretas y en la supervivencia de lazos afectivos que sobreviven muchos años después de terminado el exilio? En otros términos, ¿cómo explicar el hecho paradójico de que la vivencia traumática de una salida obligada del país de origen se resignifica y por esta vía los años en México asumen una valoración positiva, al punto en que se llega a vivir como pérdida la partida de México al emprender el retorno?

Ser extranjero, ser diferente entre diferentes, es complicado, y puede serlo más en un lugar donde de manera permanente se recuerda, se remarca la diferencia con aquel “¿Ud. no es de aquí verdad?”. Sucede que México es, y aquí parece haber consenso, un país donde de manera contradictoria conviven la solidaridad con los perseguidos y una marcada reticencia hacia lo extranjero. Por los intersticios de esta dualidad, los exiliados fueron desem-

² Se trata de la investigación “México, refugio a la democracia. La experiencia del exilio latinoamericano en México”, financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), con el apoyo institucional de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH.

En las notas y bibliografía se citan las entrevistas de acuerdo con las claves que en dicha investigación sirvieron para organizar el material.

barcando en una sociedad que, a la postre, terminó por cautivarlos. Se trata entonces de seguir las huellas que permitieron a los exiliados burlar aquella parte consustancial de la cultura mexicana: el sentimiento ambivalente de admiración y temor ante los extranjeros.

Entre los exiliados, una parte estaba integrada por militantes con una clara adscripción política, pero un porcentaje importante de quienes decidieron y pudieron exiliarse lo hicieron por un temor lógico a la represión, pese a no ser lo que las dictaduras consideraban como "subversivos": entre ellos amigos y familiares de detenidos o de "desaparecidos", personas que sólo estaban en una libreta telefónica de un perseguido, o individuos que habían realizado actividades de tipo intelectual, como profesores universitarios, periodistas, gente vinculada al mundo de la cultura y las artes. Llegaron intelectuales reconocidos, pero en la mayoría de los casos se trataba de gente joven, entre veinte y cuarenta y cinco años de edad, estudiantes y profesionistas de reciente ingreso a un estrecho mercado laboral en las sociedades sureñas.

Hay un primer registro que amerita subrayarse. Todos llegan desde el miedo y lo hacen por diferentes conductos. Unos a través del mecanismo de asilo en las embajadas, otros en calidad de refugiados con documentación de Naciones Unidas o de la Cruz Roja Internacional, pero la mayoría lo hace por cuenta propia, solicitando visa de turista en las representaciones diplomáticas mexicanas. En todos los casos, los testimonios que hemos recogido valoran la voluntad, el arrojo y la solidaridad de miembros del servicio exterior mexicano. Por ser el más conocido, me permitiré obviar el caso de Chile, donde la ruptura de relaciones diplomáticas en noviembre de 1974 en realidad coronó el esfuerzo del servicio exterior apostado en Santiago que, desde septiembre de 1973, construyó un puente aéreo con la ciudad de México, por donde transitaron cerca de un millar de asilados políticos.³ Hay otros casos, quizá menos conocidos. Un exiliado argentino abandona su país días antes del golpe de Estado de 1976. Se dirige a la embajada mexicana en Buenos Aires con la finalidad de obtener una visa:

Ya había toda una situación en la embajada, mucha gente, no un control de acceso pero sí mucha vigilancia, uno suponía vigilancia policial o de los

³ Véase Gabriela Díaz Prieto, *México frente a Chile. Tiempo de ruptura y de exilio, 1973-1990*, Tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, ITAM, 1998

servicios de inteligencia. Entro y una señora me pregunta por cuánto tiempo quiero quedarme en México, entonces yo contesté. "Eh... pues lo más que se pueda". Entonces me miró y me dijo "¿problemas?". Yo hice un gesto más que una afirmación. Entonces me dio ciento ochenta días, una visa muy amplia. Y esto no fue un hecho excepcional, yo sé que fue muy reiterado.⁴

Una mujer uruguaya, en compañía de su marido, huye de la represión en Montevideo y se interna en territorio argentino. La represión policial y militar opera de manera conjunta en ambas márgenes del Río de la Plata. Están indocumentados en Buenos Aires:

La situación era de terror generalizado, vivimos situaciones de terror muy intensas, después del golpe de Estado [en Argentina] la situación cotidiana adquirió niveles represivos, tanto a nivel de la población como particularmente de los refugiados uruguayos y chilenos. Hicimos muchísimos trámites para ver cómo nos podíamos hacer de algún documento que nos permitiera algún movimiento.

En Montevideo el embajador mexicano ofrece otorgar asilo al matrimonio perseguido. El diplomático propone situar su auto en algún lugar cercano a la frontera, "en donde nosotros dijéramos, y que pasáramos el puente sobre el río Uruguay, porque una vez metidos en el auto no había nadie que nos pudiera hacer algo". Los perseguidos desechan la propuesta por el riesgo de ser detenidos en el retén militar fronterizo. Entran en contacto con diplomáticos mexicanos en Buenos Aires. Éstos hacen de intermediarios ante la oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), para el otorgamiento de pasaportes de la Cruz Roja Internacional:

Yo recuerdo mi salida de Argentina a México como una cosa terrible, nosotros dormíamos en cinco casas, la noche anterior tratamos de ir recogiendo las pocas pertenencias que teníamos regadas por todo Buenos Aires, en la madrugada nos reunimos con mi madre y con mi hijo [...]

Yo siempre recuerdo como muy terrible la llegada al aeropuerto, "nos podían matar, tanto a nosotros" como al personal de ACNUR que nos acompañaba, pero ya en el aire "me dio un terror espantoso, me di cuenta de que había sido lanzada al mundo con un niño de dos años".⁵

⁴ Entrevista a Horacio Crespo realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, enero de 1998, PEI/A-38, p. 78.

⁵ Entrevista a Ana Buriáno, realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, agosto de 1997, PEI/U-5, pp. 14ss.

Entre los militantes hay un segundo registro: la derrota. Para algunos es sólo una sospecha:

Nosotros creíamos que íbamos a hacer una revolución, nosotros creíamos que íbamos a ganar, pero [...] a partir del 77 la represión es tremenda, brutal, secuestran a más de doscientos compañeros, entonces se decide que haya un repliegue hacia el exterior. Nosotros salimos orgánicamente cuando nos dicen: ustedes salgan.⁶

Para otros, el abandono del país era la derrota misma. El desencanto ante la militancia se asume como parte de un fracaso que se entiende como definitivo: “Si no puedo hacer política en serio, que es lo que haría estando allá, no voy a hacer este simulacro de militancia en el exilio”, sentencia una mujer, ex prisionera política, que llega a México en compañía de dos pequeños hijos.⁷

Desde el miedo y con el fantasma de la derrota, se desembarca en México. Con extrema cautela se construyeron relaciones en un espacio donde la forma es el fondo, donde las opciones no se definían necesariamente desde las adscripciones políticas. Los exiliados se fueron internando en un laberinto de gestos, modismos y rituales que colocan a propios y extraños frente a interpretaciones equívocas; en definitiva frente a un universo de códigos culturales que no hacían más que demostrar la incapacidad de los exiliados para oír a sus diferentes. El propio espacio resulta desconocido. Las dimensiones del Distrito Federal impactan. La ciudad impresiona, desafía, confunde, desespera: “No tenía idea de las distancias de esta ciudad”; en una ocasión, ante la imposibilidad de tomar taxi o un autobús, “recorrí a pie Insurgentes entre Miguel Ángel de Quevedo y Álvaro Obregón, y no llegaba a ningún lado, y me desesperaba, y me decía: ¿qué estoy haciendo aquí? Te confieso que me puse a llorar, la ciudad me vencía, ésa fue una experiencia dura, muy dura, en México”.⁸ Monumentalidad y perplejidad parecen formar una diada indisoluble en las primeras impresiones. “El Zócalo me aplastaba, me parecía una cosa tan fuerte, porque no había un árbol, no había una mata verde, yo no había visto, yo no

⁶ Entrevista a Miriam Laurini realizada por Diana Urow. México, septiembre de 1997. PEL/I/A-12, pp.12-13

⁷ Entrevista a Nora Rabotnikov realizada por Gabriela Díaz. México, agosto de 1997. PEL/I/A-7, p. 26.

⁸ Entrevista a Ricardo Nudelman realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga. México, octubre de 1997. PEL/A-14, p. 44

recuerdo un lugar tan grande, era la pura piedra y tenía una carga muy pesada, íbamos a ver cómo izaban la bandera”.⁹

Los paisajes urbanos, sus olores, colores y sabores son recreados desde una memoria que trabaja selectivamente. Se recuerda desde la gratitud para con México y los mexicanos. El agradecimiento explica los olvidos y edulcora las experiencias desagradables; porque después de todo “veníamos de un país donde te mataban, donde no podías trabajar”.¹⁰

La comida mexicana ejerce una suerte de fascinación, aunque “el olor de la tortilla, era una cosa muy desagradable, tardé en acostumbrarme”, confiesa un exiliado.¹¹ Hasta el día de hoy, comenta otro, “no como tortillas de maíz”.¹² Una mujer indica haber tardado “mucho en descubrir los olores, los sabores, los colores [...] creo que recién empecé a gozar México varios años después de llegar [...] entonces pude descubrir que el cilantro es distinto al perejil y más rico”.¹³ Los recuerdos se matizan en un abanico contrastante, como el que ofrecen las imágenes de dos mujeres. La primera: “Esto es horrible. Yo había leído a García Márquez, pero nunca había experimentado esa sensación de la literatura donde todo crece, crece, crece ... cerdos en la playa, la mugre en la plaza, al principio fue un choque, la miseria, la mugre en las calles, los niños pidiendo, los viejos”.¹⁴ El otro testimonio: “La primera mañana que salí a la calle en México fui al mercado de Mixcoac. Tuve la sensación de que estaba en Asia, eso fue para mí un *shock*, la sensación de lo diferente [y] de que para mí iba a ser glorioso, esas imágenes que estaba viendo [...] eran una cosa inesperada que me caían en la vida”.¹⁵

Las diferencias étnicas, entendidas como fundamento de identidad cultural,¹⁶ marcan el punto de arranque de juicios y prejuicios entre nacionales y extranjeros. Una de estas diferencias, qui-

⁹ Entrevista a Miriam Laurini, p. 17.

¹⁰ Entrevista a Horacio Crespo, p. 111

¹¹ *Ibid.*, p. 95

¹² Entrevista a Enrique Ginsberg realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, octubre de 1997, PEJ/A-49, p. 68.

¹³ Entrevista a Nora Rabortnikov, p. 27

¹⁴ Entrevista a Alba Díaz realizada por Gabriela Díaz, Puebla, diciembre de 1997, PEJ/I/C-22, p.

¹⁵ Entrevista a Tununa Mercado realizada por Pablo Yankelevich, México, junio de 1997, PEJ/I/A-2, p. 56

¹⁶ Véase Anthony D. Smith, *National identity*. Londres, Penguin Books, 1991, cap. 2.

zá la fundamental, estriba en la manera en que se procesa la historia. Se llega a un lugar donde la memoria histórica, sustento del nacionalismo mexicano, coloca a la tragedia de la conquista como uno de sus mitos fundacionales. El drama de la conquista, el exterminio físico y cultural, y, frente a ello, a manera de contrapartida, el empeño puesto en la resistencia, en la capacidad para sobrevivir bajo las condiciones más adversas. Un pueblo, el mexicano, que se purifica y activa en el espejo de la lucha de los “antiguos mexicanos” contra el invasor. Sobre esto, no vale el esfuerzo abundar, la bibliografía es tan extensa como polémica.¹⁷ Sólo remarcaría que es ahí donde podemos hallar la connotación peyorativa que la palabra *extranjero* tiene en México. El extranjero suena a extraño, en cierto modo alguien en quien, por principio, se debe desconfiar; un competidor incómodo que por regla general es capaz de alcanzar resultados que los nacionales no obtienen con tanta facilidad. Y esto es así por la existencia de una tradición de país invadido, conquistado, arrasado y vuelto a conquistar.

La confrontación étnica pone en marcha la construcción de un nuevo espacio identitario en el que se procesan las diferencias. Recordemos que se trata de gente de izquierda, con una natural y racionalizada inclinación por la causa de los más humildes. Recordemos también que se trata de los *carapálidas* de América Latina y, por último, recordemos aquel clima de ideas de una generación, quizá la última de este siglo, donde el componente latinoamericanista constituía parte sustancial de sus horizontes políticos. El México de los setenta no sólo compartía aquel clima de ideas, sino además, alentado por sus gobernantes, fue una de las principales usinas de difusión: “Cuando salgo del aeropuerto había un enorme cartel que decía ‘Hermano Latinoamericano: bienvenido’, esto me conmocionó”.¹⁸ Un exiliado uruguayo rememora su primera salida a la calle en México: “Nos tenían rentada una habitación en un hotelito [...] en pleno centro de la ciudad de Méxi-

¹⁷ De manera indicativa, véanse Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1987; Raúl Béjar Navarro, *El mito del mexicano*, México, UNAM, 1968; Jorge Carrión, *Mito y magia del mexicano*, México, Nuestro Tiempo, 1975; Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971; Santiago Ramírez, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo, 1983; Abelardo Villegas, *Filosofía de lo mexicano*, México, FCE, 1960; Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe, 1977; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1972; Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1952.

¹⁸ Entrevista a Horacio Crespo, p. 78.

co. Y allí fue el primer impacto [...] es un impacto racial. Bajo a la calle, año setenta y seis, y todos indígenas. Gente pidiendo y vendiendo, ¿y esto qué es?, entonces ahí entendí, fue un impacto físico de lo que es Latinoamérica de verdad”.¹⁹

Las adscripciones, formaciones y preferencias colocan a una parte significativa de los exiliados dentro del campo intelectual, desde allí se confronta la visión que traían de México con la nueva realidad donde comenzaron a desenvolver sus vidas. Los testimonios coinciden en presentar una suerte de *collage*, de forma superpuesta se suceden las siguientes imágenes respecto a México: el clásico manual de Jesús Silva Herzog, Artemio Cruz, *Viva Zapata* de Elia Kazán, Calles matando curas, Cantinflas, los boleros, los “bandidos mexicanos” en los *westerns* y en las series televisivas estadounidenses.

Al promediar la década de los setenta, una militante revisa durante su embarazo textos de la historia de México. Conmovida con la gesta zapatista, y cuando el exilio aún no era siquiera una posibilidad, decide llamar Emiliano a su hijo. Años más tarde, la madre de Emiliano reflexiona:

Yo estoy en un país en el cual, con el noventa y siete por ciento de la población, no tengo nada que ver. Primero porque no voy en pesero, porque no camino por la calle, porque me subo a mi auto y me voy [...] Pero si lo hiciera, o en los momentos que tengo que hacerlo, hay una distancia, una distancia étnica. Hay una barrera insuperable [...] yo me voy a morir siendo la *güera*, eso a mí se me mezcla con la extranjería, entonces digo, yo no tengo nada que ver.²⁰

La percepción discriminada del *güero*, producto de la mala conciencia mestiza, produce una especie de racismo al revés. “En México —dice una mujer— me siento bien a pesar de ser güera, a pesar de tener los ojos azules”.²¹ Los relatos son reiterativos en el recuerdo de mexicanos, humildes vendedores, meseros, taxistas dirigiéndose en inglés a los exiliados. Esto inquieta, molesta mucho. Pero hay verdaderos listados de prejuicios acerca de los mexicanos, listados que pasaban de boca en boca, a manera de indicaciones que trasmitían los que estaban ya exiliados en México a los que recién llegaban. No pretendo agotarlos, haré una sucinta rela-

¹⁹ Entrevista a Carlos Palleiro realizada por Gabriela Díaz, México, febrero de 1998, PEL/UV-28, p. 45.

²⁰ Entrevista a Nora Rabotnikov, p. 65

cion: los mexicanos son machistas frente a la mujer y sumisos ante el poder, el uso del “¿mande?” subleva a los sureños; son racistas con los indígenas; cuando se pelean no gritan, pero cuando se enojan te pueden matar; los mexicanos en las fiestas siempre se emborrachan; son herméticos, nunca sabrás lo que piensan; se visten muy mal; los mexicanos no saben decir “no”; y por supuesto “los de Gobernación te tratan muy mal, intenta ser amable, porque te tratan muy mal”.²²

Los prejuicios actúan como defensas contra lo desconocido, pero se construyen además desde la experiencia del exilio. Interesa subrayar esa experiencia como un sentimiento de profunda pérdida y como una ruptura compulsiva y casi total con la cotidianidad. El exiliado vivirá de manera dramática un sentimiento de despojo y usurpación. El mundo de lo cotidiano, las relaciones sociales y familiares, los objetos personales, el medio ambiente, la geografía, factores climáticos, dietéticos, económicos, políticos y culturales, dan sentido a una identidad, permitiendo la construcción de un sentimiento de pertenencia, de patria. De forma que alguien que ha sido ubicado forzosamente en otro mundo, arrancado de manera violenta y súbita de todos sus referentes externos, se verá obligado a recorrer un sinuoso camino tratando de reconstruir una cotidianidad, y en este proceso irá reelaborando su propia identidad.²³

El exiliado tiene un mundo nuevo al que se tiene que adaptar y comenzar a conocer. De entrada percibe como un peligro ciertos valores y costumbres que rigen la sociedad de acogida. Una de las estrategias es la vida de *ghetto*, que permite mantener costumbres propias, alimentando sentimientos de pertenencia que el destierro amenaza. Los *ghettos* sirvieron para esto, pero fueron también clubes sociales para el fortalecimiento de los prejuicios. Unidades habitacionales, escuelas para los hijos, lugares de recreo, vacaciones y de reunión, y por supuesto, las organizaciones políticas de los distintos exilios fueron espacios donde reafirmaban identidades pero también donde se tejían prejuicios:

²¹ Entrevista a Martha Selser realizada por Diana Urow, México, julio de 1997, PEL/IA-3, p. 76.

²² Sergio Schmucler, “Anexo: luces y sombras”, en Pablo Yankelevich, coord., *En México entre exilios: una experiencia de sudamericanos*, México, SRE-ITAM-Plaza y Valdés, 1998, pp. 205-206.

²³ Véase Lore Aresti de la Torre, “Realidad política y daño psicológico: el exilio”, y Laura Acard de Demaría y Jorge Pedro Galeano Massera, “Vicisitudes del inmigrante”, en Mónica Casalet Ravena y Sonia Comboni Salinas, coords., *Consecuencias psicosociales de las migraciones y el exilio*, México, UAM, 1989.

En la Casa de Chile se hace una vida de trabajos y publicaciones, de seminarios, se enseña historia de Chile a los niños, y los mayores se reúnen hasta para comer empanadas y tomar vino tinto. Está la Villa Olímpica, que fue un símbolo, un lugar privilegiado de residencia del exilio chileno. Allí los sudamericanos llegaron a ser irritantes para los mexicanos que pasaron a sentirse “expropiados” de ese espacio que antes les era propio. Muchos chilenos, uruguayos y argentinos vivieron en el sur y especialmente en la Villa Olímpica. Los arrendamientos de la Villa Olímpica se cotizaban más altos, porque estaban todos los exiliados cerca y se buscaban.²⁴

Se compartía un lenguaje, pero no necesariamente sus significados. Los códigos ocultos de la gestualidad, las reglas de cortesía fueron objeto de un difícil, y a veces imposible, aprendizaje: “Los argentinos, los uruguayos y los chilenos no somos tan amables como los mexicanos, que cuando te preguntan a dónde fuiste, te dicen: ‘me da mucho gusto que te haya ido bien’. Nosotros no somos tan formalmente amables”.²⁵ Y fueron las ritualidades de este país las que tardaron en descubrir los exiliados. Se llega a un lugar donde las formas son objeto de un culto exacerbado:

[Teníamos] que aprenderlo todo, es decir, aprender a saludar al vecino, a dejarle el paso, a no pasar por entre medio de dos personas que están hablando, a no pasar los platos por delante de las personas en la mesa, a decir “por favor” cuando pedíamos algo, y las correlativas fórmulas “permiso” y “gracias”; a agradecer cada vez que fuera necesario, y aún más de lo necesario, respondiendo a las “gracias” del otro con un “para servirle”; a no interrumpir a los demás en las conversaciones [...] a decir “salud” cuando alguien estornudaba y “provecho” cuando daba comienzo la ingesta ajena; a ofrecer con un “¿gusta?” la comida propia al recién llegado [...] tuvimos que aprender a ofrecer hospitalidad usando la forma de cortesía local que consiste en decir “le esperamos en ‘su casa’, para invitar al interlocutor argentino, quien creía que el mexicano se refería a ‘su casa’”.²⁶

Junto al entramado de prejuicios y dificultades, emerge el rostro cálido de un México solidario. Los desconciertos frente a una realidad desconocida se asientan en medio de una atmósfera de libertad que, desde su llegada, respiraron los exiliados: “Un signo que nos alborozaba era cuando nos dábamos cuenta de que no necesi-

²⁴ Luis Maira, “Claroscuros de un exilio privilegiado”, en Yankelevich. *En México entre exilios*, p. 131.

²⁵ Entrevista a Guillermo Beato realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, PEL/VA-21, p. 77.

²⁶ Tununa Mercado, *En estado de memoria*, México, UNAM, 1992, p. 27.

tábamos documentos de identidad para andar por la calle.²⁷ “Me sentía libre, sin miedo”, comenta una socióloga chilena.²⁸ El disfrute con plena libertad de referentes prohibidos en las naciones de origen, abre el camino hacia una ambivalencia de sentimientos que en algunos casos promueven visiones idealizadas del país-refugio. En 1977 una exiliada topa frente a Palacio Nacional con el entonces presidente José López Portillo. El mandatario saluda a curiosos y paseantes, “a mí eso me parecía la democracia, la libertad frente a Videla, que se movía en un erizo de ametralladoras [...] para mí este país era maravilloso, un país democrático”.²⁹

Hechos concretos en la conducta gubernamental resultan contundentes. En el caso de los asilados políticos la administración del presidente Luis Echeverría desplegó una significativa ayuda, de notoria visibilidad en el caso de los chilenos. Los perseguidos fueron alojados en hoteles, más tarde se dispuso de una unidad habitacional en Iztapalapa para hospedar a parte del exilio chileno. Se les entregaban regularmente bonos de alimentos canjeables en tiendas CONASUPO, gozaron de facilidades para revalidar documentación académica, y de alguna manera se instruyó a dependencias de la administración federal para que, en la medida de lo posible, se procediera a la contratación de los asilados. La esposa del presidente, María Esther Zuno, y sobre todo su hermana, la “Chiqui” Zuno, son recordadas por su “generosidad tremenda”, al decir de los testimonios. La propia Casa de Chile contaba con financiamiento del gobierno mexicano, lo mismo que el Comité Argentino de Solidaridad (CAS), cuya primera sede fue rentada y amueblada por gestiones personales del ex presidente Luis Echeverría.³⁰ La solidaridad de políticos e intelectuales marcó a fuego las imágenes que se tuvieron de México. Entre otras, resulta paradigmática la figura de don Jesús Reyes Heróles, “con quien nos llevábamos estupendamente bien; era un tipo que respeté muchísimo y sigo creyendo que era un hombre excepcional”.³¹

Por otra parte, los republicanos españoles ayudaron, aconsejaron: “Al principio era muy difícil —relata un chileno— casi toda

²⁷ Carlos Ulanovsky, *Seamos felices mientras estamos aquí*, Buenos Aires, Ed. de la Pluma, 1983, p. 21.

²⁸ Ma. Luisa Tarrés, en “Anexo: luces y sombras”, p. 209

²⁹ Entrevista a Miriam Laurini, p. 18.

³⁰ Véase, Tununa Mercado, “Esa mañana en que creí estar en Asia”, en Yankelevich *En México entre exilios*, pp. 109-125.

³¹ Entrevista a Ricardo Nudelman, p. 64.

la gente que vivía en Iztapalapa estaba sin recursos [...] vivíamos con el bono [de CONASUPO] y del exilio español; las mujeres del exilio español iban dos veces por semana con canastos de alimentos frescos, llevaban canastos de pollo, a veces de frutas y verduras y nos repartían”.³² El Colegio Madrid ofreció becas a los hijos de asilados, constituyéndose desde entonces en la principal institución educativa, donde se formó toda una generación de niños y jóvenes de padres sudamericanos. Con algo más de tres décadas de transtierro los republicanos brindaban consejos, y el primer término:

Deshaz rápidamente tu maleta, nosotros nos demoramos cinco, ocho, o diez años en deshacerlas, las tuvimos debajo de la cama y fue un tiempo perdido. Haz lo contrario, vive con naturalidad tu condición de “mexicano”, desde hoy hasta que dure, y ten la maleta lista para llenarla y volverte si tu vocación política te manda hacerlo.

Éste fue el primero de los consejos; el segundo tenía que ver con la integración; nos decían; éste es un gran país para el que no es mexicano, con la sola condición de que no trates de llegar a serlo.³³

“Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad”, escribió Octavio Paz,³⁴ y en efecto, las conductas que dejan huella, que tienden puentes de identidad, son las provenientes de aquellas prácticas solidarias que cotidianamente entretejen la vida social de los mexicanos. Prácticas, para el caso de los exiliados, quizá dirigidas a apuntalar una entereza que a pesar de ser extranjera no dejó de sentirse propia. Al poco tiempo de su llegada, un médico chileno comienza a trabajar en una clínica popular, “era una casa derrumbada”, en una colonia humilde y el servicio que se prestaba era para

no derechohabientes del Seguro Social. Había un policía, una secretaria, una enfermera y uno que hacía el aseo. Éramos cinco. Yo conté los apuros, que no tenía nada [...] era un lunes. El día sábado, que no trabajábamos, la enfermera, el que barria, el policía, llegaron todos con ollas de comida a casa, todos habían cocinado algo y nos llevaron comida. Eso es México.³⁵

³² Entrevista a Rogelio de la Fuente realizada por Renée Salas. México, octubre de 1997, PEL/1/CH-15, p. 63

³³ Luis Maira en “Anexo: luces y sombras”, pp. 201-202

³⁴ Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 28

³⁵ Entrevista a Rogelio de la Fuente, pp. 69-70.

El país solidario, que no deja de conmover a los mismos mexicanos, hace lo propio con los extranjeros. Un psiquiatra uruguayo siente cómo se estrecha la represión alrededor de los suyos. Desde Montevideo escribe a distintas instituciones en París, Barcelona, Caracas, México:

Recibi un rechazo de la presidenta de la Sociedad Española, "acá hay demasiados argentinos que compiten en nuestro campo", una carta distante de Serge Léclair que ponderaba mi conocimiento de la estructura de la lengua francesa, pero me describía todas las dificultades que tendría en París, "Ud. no podría traer a su familia antes de dos años"; y un telegrama del doctor Armando Barriguete, presidente de la Asociación Mexicana, a quien yo no conocía personalmente, el telegrama decía: "En México, donde comen dos, comen tres, ¡vente!". Me conmueve y lloro cada vez que lo cuento.³⁶

Ahora bien, un lugar privilegiado desde donde se consuma una vinculación profunda y duradera al país es el constituido por las inserciones laborales, las oportunidades académicas y el desarrollo profesional. Y en esto, la solidaridad mexicana emerge con especial sustancia. Personas calificadas profesionalmente, con relativa rapidez consiguen ubicación laboral en un país que, hace un cuarto de siglo, vivía un proceso de expansión en sus instituciones de educación superior. Junto a universidades y centros académicos de reconocida trayectoria, como la UNAM, El Colegio de México, el Instituto Politécnico Nacional y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, que dieron empleo a exiliados, debe recordarse la fundación de nuevos espacios académicos, como lo fueron la Universidad Autónoma Metropolitana, el CIDE, FLACSO, CIESAS y la Universidad Pedagógica, donde se contrató a un buen número de sudamericanos. En provincia, la Universidad de Puebla y, en menor medida, las de Guadalajara, Guerrero y Sinaloa, constituyeron lugares donde las ofertas laborales alcanzaron a un amplio grupo de exiliados. Relaciones personales previas permitieron que algunos no tardaran en conseguir trabajo. El escritor chileno Hernán Lavín Cerda había estado en México en 1971, tomó contacto y trabó amistad con Efraín Huerta, José Emilio Pacheco, Jaime Sabines, entre otros:

³⁶ Juan Carlos Plá. "Soy otro en ambas patrias". En Yankelevich. *En México entre exilios*, pp. 143-156, p. 147.

Cuando llegué en 1973, volví a hacer contacto con ellos y recibí apoyo y ayuda, una solidaridad muy grande. La gente de México fue muy sensible a lo que había ocurrido en Chile y deseaba que nos vinculáramos cuanto antes, que nos enraizáramos y empezáramos a laborar, como quien dice, terapia de trabajo. Nos colocaron rápidamente, nos abrieron canales para que pudiéramos seguir desarrollándonos, y tuve la fortuna de vincularme muy pronto a la Universidad Nacional y al Instituto Nacional de Bellas Artes. En la UNAM comencé a dar clases de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras, y conseguí primero una plaza de medio tiempo, y luego una de tiempo completo.³⁷

Hubo casos de inserción rápida y privilegiada, aunque vistos en perspectiva fueron excepcionales. La gran mayoría recorrió un camino que empezaba por actividades ocasionales, mal remuneradas, alejadas del interés o vocación. Un novelista argentino comenzó por ser *cácaro* en PEMEX, proyectando películas en los campos petroleros del Golfo de México, más tarde vendió enciclopedias; una socióloga chilena trabajó en una empresa constructora; una novelista argentina hizo corrección de galeras, un licenciado en letras dio clases de marxismo a un grupo de médicos, un pasante en historia consiguió empleo como profesor en una escuela tecnológica en el Bajío, una historiadora uruguaya se encargó de organizar la biblioteca de una asociación civil; los casos se suceden y se repiten. Y así desde lo provisional se fueron internando en México:

Recién entonces comenzamos a visualizar a ese país en despegue por sus recientes descubrimientos petrolíferos, con una política internacional de protección al asilado conocida y reconocida desde la experiencia inmigratoria española de los años cuarenta, sin golpes de Estado en sesenta años, y con tres devaluaciones en ese lapso, con una clase media en expansión, y con una actividad científica, universitaria, académica e intelectual desarrollada, alentada y en libertad. Pero, repito, yo eso lo vi después de conseguir el primer trabajo, cuando escuché la radio, vi la televisión, los diarios y viví un poco.³⁸

En un periodo no mayor de tres o cuatro años, las inserciones laborales muestran rasgos de definitividad. Se cambia de actividad, a veces de ciudad o de institución, se alcanza la legalidad migratoria.

³⁷ Gerardo de la Torre, "Transtrerrados latinoamericanos". *Memoria de Papel*, núm. 12 (diciembre de 1994), p. 23

³⁸ Ulanovsky. *Seamos felices*, p. 20.

Es entonces cuando el espacio mental comienza a reorganizarse. Hacer lo que se quiere, con plena libertad creadora, recibir una remuneración que permite una vida digna. Después de una serie de empleos poco gratificantes, una especialista en filosofía política indica que su ingreso a la UNAM, el hecho de “enseñar, escribir, empezar a investigar, me sirvió mucho para armarme identitariamente en México. Eso para mí fue México”. Las huellas de la identidad, en aquellos que finalmente optaron por permanecer en el país, se racionalizan por y desde las definiciones profesionales: “Yo acá me he pasado dieciocho años, para mí el trabajo es un referente muy fuerte, acá escribo, acá pienso [...] tengo que confesarlo, me gusta mi trabajo, cuento con una enorme libertad y un enorme apoyo, me gusta lo que hago, me gusta el país”.³⁹

Las oportunidades que ofrece el país permiten dotar de nuevos significados a los años de destierro. Este proceso aparece fuertemente teñido por la posibilidad de crecer, aprender y asumir nuevas actividades, inclusive más allá de una formación profesional previa. La gran mayoría de los exiliados retornó, otra permaneció en México; tiempo más tarde algunos volvieron y otros yéndose nunca terminan de despedirse. Los que se fueron recuerdan con angustia la decisión de regresar. Un periodista señala:

Durante los tres meses anteriores a la partida casi no podía hablar del viaje porque apenas lo hacía se me aflojaba la voz y los ojos se me ponían brillosos y lloraba. Inesperadamente la tantas veces soñada y proyectada partida se me volvía un dolor insuperable, en especial si el interlocutor que tenía enfrente era mexicano y compañero de trabajo.⁴⁰

La presencia de México termina por dejar huellas indelebles que dotan de nuevos significados a la experiencia del exilio. Las vivencias mexicanas tienden lazos de pertenencia y reconocimiento que perduran hasta la fecha. En Argentina aparecieron los *argenmex*, extraña clase de híbrido latinoamericano, presente en la narrativa rioplatense, pero básicamente en un amplio y variado núcleo de personas vinculadas a ámbitos de la cultura y la política argentina. De manera emblemática, la librería Gandhi, instalada en plena Avenida Corrientes, constituye un punto de referencia obligada para todos aquellos que

³⁹ Entrevista a Nora Rabotnikov, pp. 26, 46 y 52.
Ulanovsky, *Seamos felices*, p. 110.

Resulta apropiada entonces la recomendación del refugiado español: “éste es un gran país para el que no es mexicano, con la sola condición de que no trates de llegar a serlo”. Sin embargo, no todos aquellos que consideran un privilegio haberse exiliado en México parecen comprender que en este país no pueden pretender ser otra cosa más que extranjeros. Porque en realidad la experiencia misma es irreversible. En ellos coexisten dos voces, y si compiten amenazan con convertirse en algo parecido a la esquizofrenia social, pero si por el contrario esas dos voces forman una jerarquía cuyos principios se escogen libremente, parece posible superar el desgarramiento y hacer de la coexistencia un terreno fértil para una nueva experiencia: la de ser otro en ambas patrias.⁴⁶

BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1987.
- Béjar Navarro, Raúl, *El mito del mexicano*, México, UNAM, 1968.
- Bonasso, Miguel, *La memoria en donde ardía*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.
- Carrión, Jorge, *Mito y magia del mexicano*, México, Nuestro Tiempo, 1975.
- Díaz Prieto, Gabriela, *México frente a Chile. Tiempo de ruptura y de exilio, 1973-1990*, Tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, ITAM, 1998.
- Casalet Ravena, Mónica, y Sonia Comboni Salinas, coords., *Consecuencias psicosociales de las migraciones y el exilio*, México, UAM, 1989.
- Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971.
- Mercado, Tununa, *En estado de memoria*, México, UNAM, 1992.
- “El paraíso perdido: un debate sobre la extranjería”, *Debate Feminista* (México), año 7, vol. 13 (abril de 1996).
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1972.
- Ramírez, Santiago, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo, 1983.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa y Calpe, 1977.
- Smith, Anthony D., *National identity*, Londres, Penguin Books, 1991.
- Todorov, Tzvetan, *El hombre desplazado*, Madrid, Taurus, 1998.
- Torre, Gerardo de la, “Trasterrados latinoamericanos”, *Memoria de Papel*, núm. 12 (diciembre de 1994).

⁴⁶ Cf. Tzvetan Todorov, *El hombre desplazado*, Madrid, Taurus, 1998, p. 16 y Plé, “Soy otro en ambas patrias”.

- Ulanovsky, Carlos, *Seamos felices mientras estemos aquí*, Buenos Aires, Ed. De la Pluma, 1983.
- Villegas, Abelardo, *Filosofía de lo mexicano*, México, FCE, 1960.
- Yankelevich, Pablo, coord., *En México entre exilios: una Experiencia de sud-americanos*, México, SRE-ITAM-Plaza y Valdés, 1998.
- Zea, Leopoldo, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1952.

FUENTES ORALES

- Entrevista a *Carlos Palleiro* realizada por Gabriela Díaz, México, febrero de 1998, PEL/I/U-28.
- Entrevista a *Horacio Crespo* realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, enero de 1998, PEL/A-38.
- Entrevista a *Alba Díaz* realizada por Gabriela Díaz, Puebla, diciembre de 1997, PEL/I/U-22.
- Entrevista a *Rogelio de la Fuente* realizada por Renée Salas, México, octubre de 1997, PEL/I/CH-15.
- Entrevista a *Ricardo Nudelman* realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, octubre de 1997, PEL/A-14.
- Entrevista a *Enrique Ginsberg* realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, octubre de 1997, PEL/A-49.
- Entrevista a *Miriam Laurini* realizada por Diana Urow, México, septiembre de 1997, PEL/I/A-12.
- Entrevista a *Ana Buriano* realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, México, agosto de 1997, PEL/U-5.
- Entrevista a *Nora Rabotnikov* realizada por Gabriela Díaz, México, agosto de 1997, PEL/I/A-7.
- Entrevista a *Martha Selser* realizada por Diana Urow, México, julio de 1997, PEL/I/A-3.
- Entrevista a *Tununa Mercado* realizada por Pablo Yankelevich, México, junio de 1997, PEL/I/A-2.
- Entrevista a *Guillermo Beato* realizada por Bertha Cecilia Guerrero Astorga, Ciudad de México, PEL/I/A-21.